

Un Paseo por el Madrid de Cervantes



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2024

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia.es  [facebook.com/reinodecordelia](https://www.facebook.com/reinodecordelia)

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6ª pta, 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alfonso Mateo-Sagasta, 2024

Cubierta e ilustraciones interiores: © José María Gallego, 2024

Mapa: © Emilio Amade, 2024

IBIC: WTHM I Thema: WTHW

ISBN: 978-84-19124-91-3

Depósito legal: M-17246-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Impresión: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Un Paseo por el Madrid de Cervantes

Alfonso Mateo-Sagasta
Ilustraciones de José María Gallego





Índice

| | |
|--------------|-----------|
| Prólogo | 7 |
| PASEO | 15 |
| Bibliografía | 67 |
| Mapa | |





Plano de Madrid de Pedro Teixeira (1656).

Prólogo

DESDE 1561 MADRID es la capital del inmenso imperio reunido por los Habsburgo en Occidente, salvando el lapso de cinco años (1601-1606) en que la Corte se trasladó a Valladolid. Dicho imperio era una monarquía compuesta por propiedades en Europa, América y Asia, y cuya razón de Estado no era otra que la defensa y promoción de la religión católica. Madrid olía a cera, y su línea del cielo era un bosque de cipreses asomando sobre tapias de ladrillo. Esa era la capital del imperio donde nunca se ponía el sol, una época bautizada como el Siglo de Oro, el mo-

mento en que la monarquía católica, como también se la conoce, alcanza la mayor acumulación de poder y la excelencia artística, el centro de Europa y del mundo. Madrid, la gran Babilonia de la que hablaba Lope de Vega.

Pero el paseo propuesto no es por el Madrid de los Habsburgo, ni siquiera por el Madrid del Siglo de Oro. Nos centraremos en un recorrido que reúne todos los puntos relacionados con la vida de Miguel de Cervantes, aunque al paso aprovecharemos para comentar algunos lugares que seguro que conoció o frecuentó durante los años que vivió en Madrid, o algunos detalles relacionados con sus contemporáneos o de referencia obligada, como por ejemplo la Torre de los Luján o la casa de Calderón en Platerías. Pero ya llegaremos a eso. Además, el paseo se puede complimentar con visitas previamente acordadas en tres puntos del camino: el Monasterio de la Encarnación, la Sociedad Cervantina —sita en el solar donde estuvo la antigua imprenta de Madrigal— o la Casa de Lope de Vega. Los tres tienen página web a través de la cual establecer las citas oportunas.

Para guiarnos durante el paseo contamos con un mapa actual desplegable al final del libro, donde está marcado el itinerario, y con detalles salpicados a lo largo del texto extraídos de *El Mantua Carpetanorum sive Matritum Urbs Regia* (Madrid Ciudad Regia), más conocido como el Plano de Teixeira (1656). Muchos de los edificios de dicho plano aún no existían en tiempos de Cervantes, como iremos desvelando, pero en cualquier caso es la mejor referencia del siglo XVII de que disponemos.

Pero sobre todo deben saber que este va a ser un paseo de sombras. Durante su hora y media o dos horas de duración, según el ritmo y las paradas, recorreremos una ciudad en negativo. Será más lo que van a tener que imaginar que lo que de verdad se conserva, de modo que cierren los ojos, respiren hondo, olvídense del tráfico y dejen que su mente se impregne del aroma de otro tiempo guiados por esta breve introducción.

Miguel de Cervantes se trasladó con su familia por primera vez a Madrid en 1566, siguiendo la estela que nobles, hidalgos, clero, letrados, soldados, artesa-

nos, comerciantes y pretendientes dejaban en todos los reinos de esa poderosa monarquía. En menos de veinte años la población de la villa pasó de 20.000 a cerca de 130.000 habitantes, y sus infraestructuras no estaban preparadas para semejante crecimiento.

Como el caserío resultaba insuficiente para alojar a la comitiva real y a los funcionarios de la Corte, se instituyó una regalía de aposento, lo que significaba que los propietarios de casas que tenían más de un piso estaban obligados a cederlo a los servidores de la Corona. Proliferaron entonces las que se llamaron «casas a la malicia», cuyos propietarios declaraban tener solo una planta para librarse del gravamen, aunque a menudo tuvieran sótano habitable y una segunda planta retranqueada en el patio y oculta a la vista, como un desván. La ciudad creció rápidamente, pero fea y sin ningún criterio urbanístico. Las casas solían ser de grandes muros lisos de ladrillo o con mampostería en las esquinas, pequeños balcones enrejados y huerta o jardín delante o detrás. Las ventanas eran pequeñas y el vidrio escaso, la mayoría se

cerraban con paños encerados o celosías. Por otra parte, el empedrado era raro y no había aceras. En invierno las calles estaban permanentemente enlodadas, los coches tenían que circular cerrados y se hundían en el barro, y en verano tampoco podían circular abiertos aunque sus ocupantes se asfixiaran, porque en las calles flotaba una constante nube de polvo en suspensión que parecía niebla.

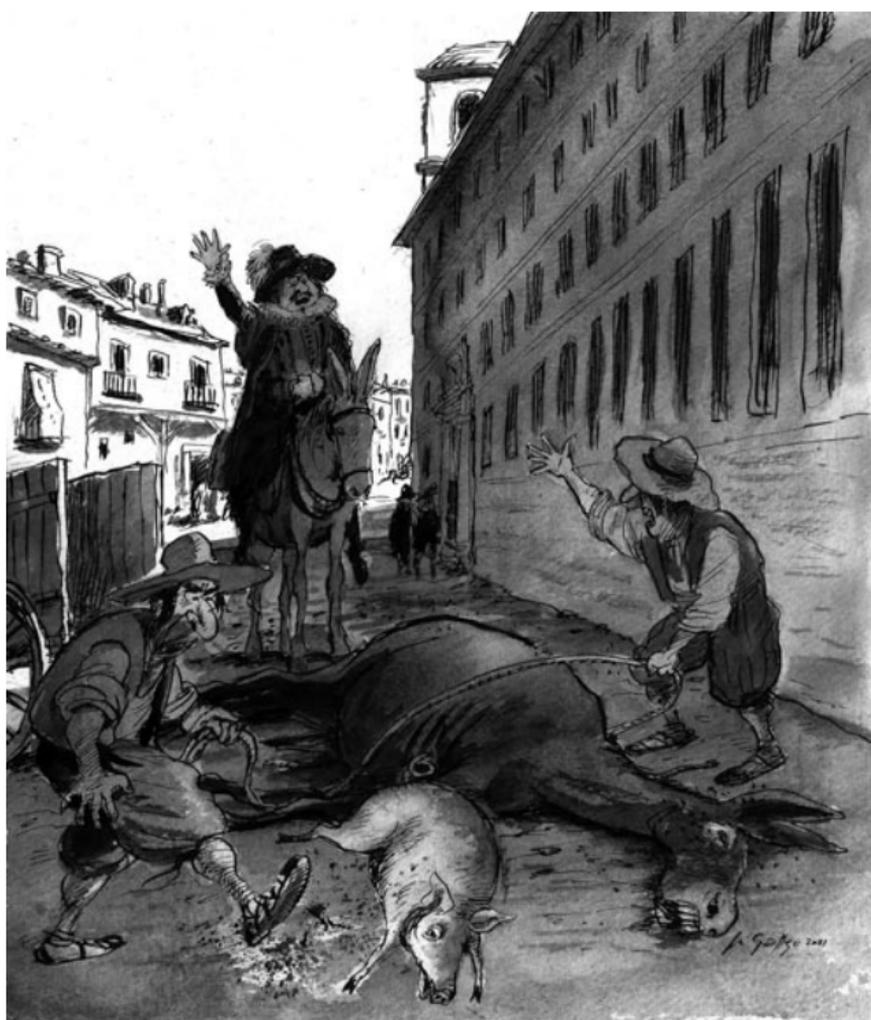
Tampoco había letrinas ni alcantarillado. No resultaba raro ver volar a cualquier hora del día y desde cualquier ventana un paquete de papel cargado con heces, aunque la hora fijada para vaciar los «servicios» de las casas eran las 11 de la noche al grito de: «¡Agua va!».

Cualquier portal o rincón de la calle servía de retrete y basurero, y poco o nada podía hacer la autoridad para modificar esos hábitos. Cuentan que el cura de la iglesia en cuyos muros solía aliviarse Quevedo camino de su casa puso una cruz con un mensaje que contenía una velada amenaza: «Donde se



ponen cruces no se mea», a lo que el poeta, considerando que su uso era anterior y por tanto prevalecía su derecho, respondió cambiándolo por otro que rezaba: «Donde se mea, no se ponen cruces».

Pero a pesar de la suciedad y los malos olores, los vecinos no se quejaban. Aunque desde finales del siglo XVI había un servicio de limpieza, con carros preparados para regar y recoger basura (animales muertos, estiércol, aguas corrompidas, heces), lo normal consistía en que se dejase pudrir en la calle, amontonada, hasta que el sol, la lluvia, el viento y los abundantes animales domésticos, sobre todo cerdos, daban cuenta de ella. La opinión generalizada, y sancionada por los médicos, era que las emanaciones fétidas de la basura templaban y quitaban la cortante delgadez del aire del Guadarrama que, de tan puro, podía llegar a cortar los pulmones. Como consecuencia, las epidemias e infecciones del verano no se achacaban a falta de higiene, sino de basura, y la solución para acabar con sus estragos consistía en acumular desechos para densificar el aire.



Con esa villa en mente, iniciamos nuestro paseo.

Empezaremos a los pies de la estatua de Felipe IV, es decir, en mitad de la actual plaza de Oriente, aunque, por supuesto, nada impide hacerlo a la inversa.

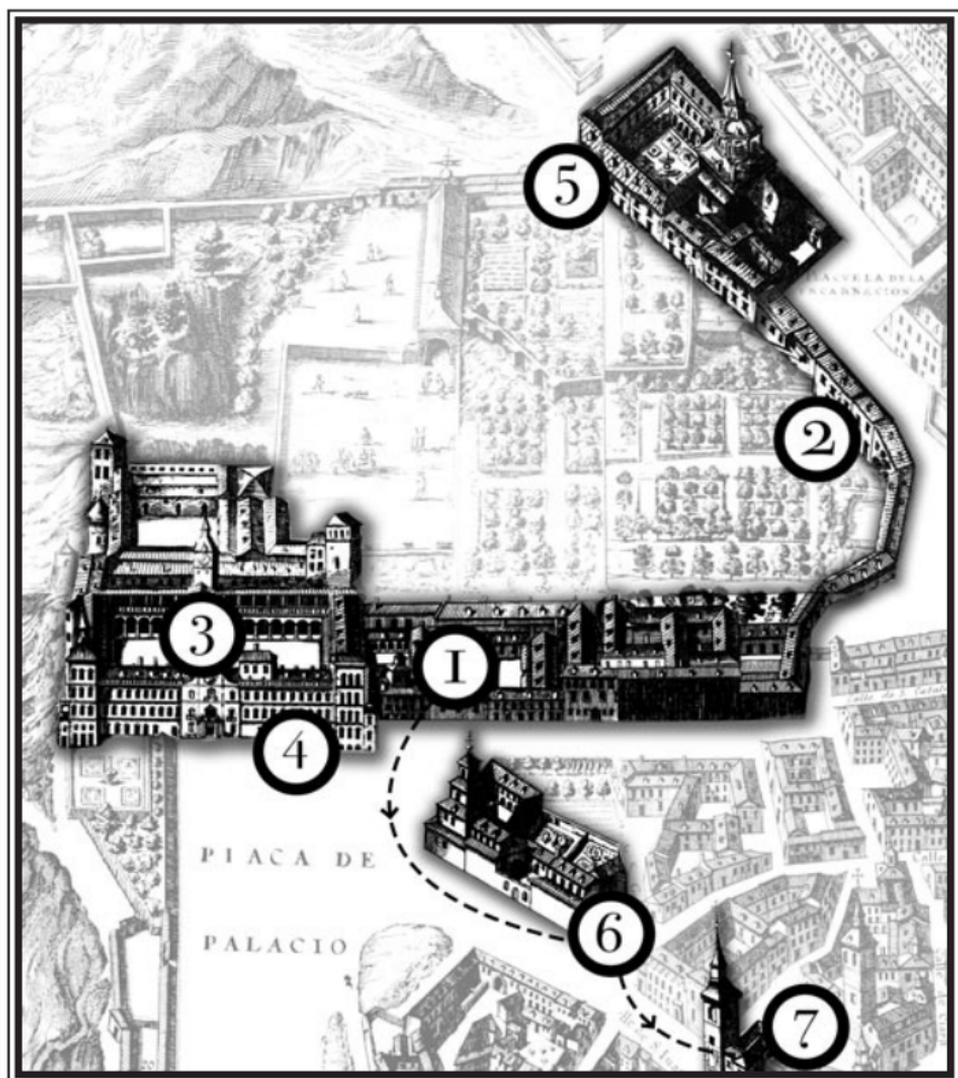


FIGURA 1.

El paseo

NOS SITUAMOS en el centro de la plaza de Oriente, junto a la estatua de Felipe IV y mirando hacia el sur, es decir, con la fachada oriental del Palacio Real a nuestra derecha (FIGURA 1).

Estamos en el centro de lo que en tiempo de Miguel de Cervantes era la CASA DEL TESORO (1), una serie de edificios de tres alturas en torno a varios patios que Felipe II adquirió y unificó, creando una especie de ala unida al Alcázar, por un lado, y al Monasterio de la Encarnación por el otro, a través de un PASADIZO (2)¹. Se llamó la Casa del Tesoro porque allí se instaló el Contador

¹ Se trataba de una galería sobre pilares, adornada con fabulosas pinturas.



Mayor del Rey y luego el Tribunal del Tesoro. Había en ella despachos y servía, además, de residencia a servidores de la real casa e invitados de la Corona de paso por la Corte.

Del antiguo ALCÁZAR (3) de Madrid no queda nada. La fortaleza árabe original, modificada tras la conquista cristiana y actualizada por Felipe II y Felipe III, que conoció Cervantes, quedó arrasada por el fuego en la Navidad de 1734. El edificio que hoy se ve fue levantado por orden de Felipe V, el primer rey Borbón, en 1737.

El palacio actual solo tiene un patio interior, aunque el Alcázar tenía dos, llamados del Rey y de la Reina, abiertos al público. El suelo estaba cubierto de losas de piedra, así como el frente de la fachada principal de palacio —uno de los pocos lugares empedrados de Madrid—, y a ello se referían cuando se hablaba de LOSAS DE PALACIO (4), lugar de paso hacia los despachos de los Consejos y uno de los más selectos mentideros² de la Corte, donde se cruzaba a

² Mentidero: lugar donde se junta la gente ociosa para conversar. Además de Losas de Palacio, eran famosos mentideros en Madrid las gradas

diario una abigarrada muchedumbre de arbitristas, covachuelistas, aspirantes, pretendientes y curiosos. Es posible que Cervantes los recorriera más de una vez en busca de apoyos para lograr que prosperaran sus demandas de empleo y mercedes.

En el patio de la Reina solían instalarse tenderetes de refrescos o comida, y cajones de memorialistas, escribanos e incluso librerías. Uno de los que tenía un cajón en Losas de Palacio era Juan de Villarroel —además de otro local en Platerías—, el librero que pagó a Miguel de Cervantes la edición de las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados* (1615) y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617).

A nuestra espalda queda el REAL MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN (5), de monjas agustinas recoletas. La reina Margarita de Habsburgo inició la construcción de este monasterio en el año 1611 —con proyecto de Juan Gómez de Mora—, poco antes de su muerte, y lo terminó su esposo, Felipe III, en 1616; de modo que resulta posible que Cervantes

de San Felipe y el de los artistas, en la calle León.

lo viera acabado. De estilo herreriano, desde su concepción contaba con claustro, iglesia y huerta. Posee, además, una magnífica colección pictórica y merece la pena visitarse.

En el jardincillo de delante se ubica una estatua de Lope de Vega (obra de Mateo Inurria, 1902), a quien Cervantes alabó como «poeta insigne, a cuyo verso o prosa ninguno le aventaja, ni aún le llega». No obstante, criticó abiertamente su nuevo modo de hacer comedias en la primera parte del *Quijote*, y Lope se lo pagó censurando su obra: «De poetas, no digo: buen siglo es este: Muchos están (en) cierne para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a don Quijote»³. Es esta una rivalidad que ha dado y seguirá dando mucho que hablar.

Iniciamos la marcha en dirección sudeste, atravesamos parte de la plaza de Oriente que antes ocupaba el CONVENTO DE SAN GIL (6) —de la orden de san Francisco, y fundado también por Felipe III—, para subir por una ligera

³ Carta «A un amigo de Valladolid. Toledo, 14 de agosto de 1604».

rampa hasta la actual plaza de Ramales, donde aún se puede ver en el suelo la silueta de la antigua IGLESIA DE SAN JUAN (7)⁴. Todos estos edificios fueron derribados durante el gobierno de José Bonaparte en 1811, dentro de los planes de avenida para el Palacio Real.

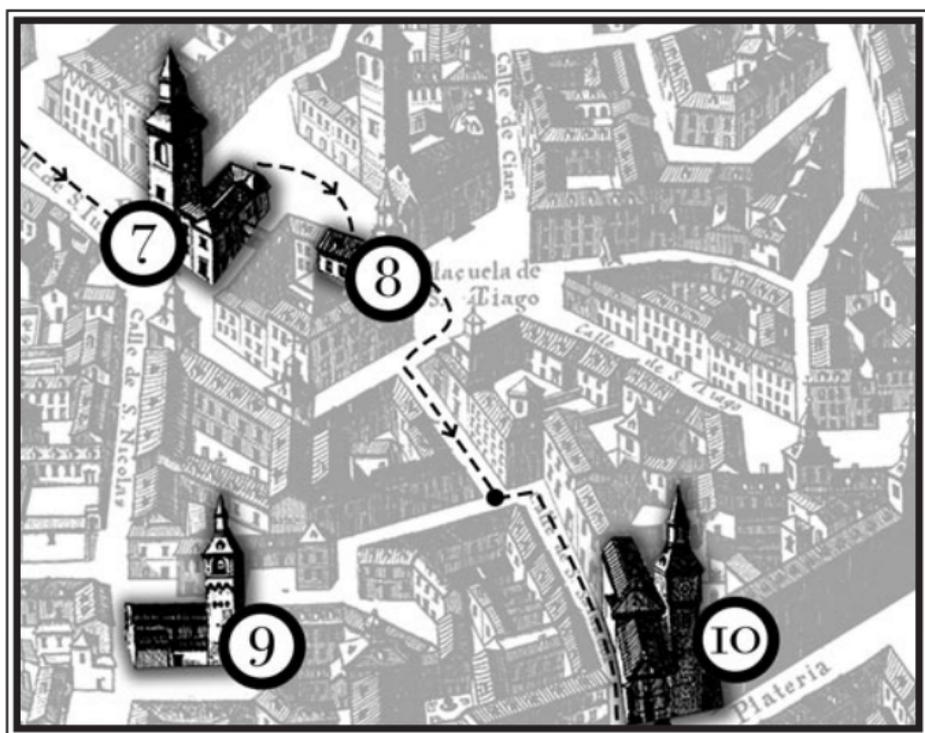


FIGURA 2.

⁴ En la bóveda de esta iglesia del siglo XIII fue enterrado DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA (1599-1660). No consta que hubiera ninguna remoción de restos al derribar la iglesia, de modo que esta sigue siendo la tumba del genial pintor.